

# APACHITA 3

ABRIL 2005

BOLETÍN DEL ÁREA DE ARQUEOLOGÍA. ERNESTO SALAZAR, EDITOR



Area de Arqueología  
Escuela de Antropología  
Pontificia Universidad Católica del Ecuador, Quito

Portada: Guerreros de la Edad del Hierro.  
Tomado de *L'Homme Primitif*, por Louis Figuier, Librairie Hachette, 1882, Paris.



APACHITA, N° 3, abril de 2005  
Ernesto Salazar, editor  
esalazar@puce.edu.ec

## Indice

La delegación ecuatoriana de la PUCE en el III Congreso de Arqueología, Colombia <i>Catherine Lara</i> .....	3
Tras las huellas del Paititi <i>José Luis Barrera</i> .....	5
Connotaciones sociales del sacrificio humano en Mesoamérica <i>Estanislao Pazmiño</i> .....	7
La cita de “Apachita” .....	8
La arqueología como espacio de reflexión, legitimación y reivindicación <i>Johana Caterine Mantilla</i> .....	9
Bibliografía para el arqueólogo (Museo Weilbauer) <i>Fernando Flores</i> .....	10
Siguiendo al cazador <i>Ernesto Salazar</i> .....	11



### **LA DELEGACIÓN ECUATORIANA DE LA PUCE EN EL III CONGRESO DE ARQUEOLOGÍA EN COLOMBIA**

**Catherine Lara**

Terminal terrestre de Quito, madrugada del 8 de diciembre del 2004. Soñolientos aún, pero entusiastas, catorce alumnos de la Escuela de Antropología de la PUCE, dirigidos por el Profesor Ernesto Salazar, esperan la salida del bus que los llevará a Tulcán, primera etapa de su viaje al III Congreso de Arqueología, organizado por la Sociedad Colombiana de Arqueología, en Popayán.

A pesar de un recorrido de 18 horas interrumpido por «pequeñas» complicaciones burocráticas en la frontera y no menos preocupantes fallas mecánicas durante el trayecto, nuestros antropólogos llegaron cansados pero felices a la pintoresca ciudad blanca de Popayán.

Después de una buena noche de descanso, se cumplió con las formalidades de inscripción al congreso, antes de asistir al acto inaugural del evento, en el majestuoso salón Paraninfo Caldas. El presidente de la Universidad del Cauca, anfitriona del congreso, especificó sus objetivos, luego de unas breves y cordiales palabras de bienvenida.

El evento máximo de la Sociedad Colombiana de Arqueología se propuso presentar un panorama general de la arqueología contemporánea en América Latina, especialmente en Colombia, en el marco de una reflexión sobre el significado de la identidad cultural y la importancia de la preservación y estudio del patrimonio histórico local.

Desde este punto de vista, la diversidad de simposios (divididos en ponencias), fue considerable:

«Pueblos y paisajes antiguos en la selva tropical amazónica», «Escalas menores, problemas mayores: perspectivas regionales», «Hacia la creación de la arqueología poscolombiana», «La arqueología funeraria en Colombia», «Arqueología y bioarqueología del suroccidente colombiano: investigaciones recientes», «Economía y política en las sociedades precapitalistas», «Avances en teoría y método», «La sal: explotación, valoración e intercambio de un recurso ambiental significativo», «La arqueología en la construcción de historias locales», «Arqueología subacuática en Colombia», «Poblamiento y domesticación de los valles intra-andinos de la cor-

dillera central y occidental de Colombia» y, finalmente, «Conservación, investigación y difusión de colecciones arqueológicas».

Esta variedad permitió el desarrollo de los objetivos del congreso, los cuales constituyeron el hilo conductor de este III Congreso de Arqueología en Colombia. De hecho, a través de la presentación de múltiples proyectos en desarrollo y de nuevas perspectivas de investigación, se insistió en la necesidad de ir más allá de una simple descripción del objeto de estudio.

Valiéndose de la dimensión antropológica de la arqueología, se planteó la importancia de una interacción entre el arqueólogo en cuanto ente cultural, y su objeto de estudio, fuera de una relación unilateral sujeto / objeto pasivo.

Dos consecuencias se desprenden de esta perspectiva. Considerando el registro arqueológico como materialización de una ideología, lo cual rompe la tradicional dicotomía entre ciencia y espíritu, la arqueología adquirió un papel preponderante en la conservación y la promoción de la identidad.

En otras palabras, se esbozó una visión de la arqueología como proyección sobre el pasado, el presente, y por ende, el futuro. Se subrayó además la necesidad de intercambios internacionales entre los investigadores del mundo arqueológico, partiendo del hecho que todos consultan a los mismos autores clásicos. Estas pautas se concretaron con ponencias sobre el impacto legal y actual de la arqueología, particularmente en la protección del patrimonio cultural indígena en América Latina.

El encuentro también fue marcado por el lanzamiento de varias publicaciones, como la revista *Arqueología de Suramericana*, y

por la Asamblea General de la Sociedad Colombiana de Arqueología. Concluyó con la entrega de diplomas de participación, las conferencias de clausura y una fiesta de despedida.

La calidad profesional de las ponencias y el excelente nivel de organización del congreso permitieron a la delegación ecuatoriana disfrutar a lo máximo del evento. Para los antropólogos ecuatorianos de la PUCE, estos simposios fueron la ocasión de descubrir el mundo de la arqueología, de profundizar conocimientos ya adquiridos (en el caso de los estudiantes más avanzados), o de familiarizarse con el nivel regional de la carrera, al establecer contactos y perspectivas de proyectos con algunos profesores y estudiantes de diversas ciudades de Colombia y de América.

Además, se pudo experimentar la hospitalidad de la encantadora ciudad de Popayán, lo cual dio al congreso un carácter sumamente agradable y festivo.

Consiguientemente, quisiéramos reiterar nuestros cálidos agradecimientos a los Profesores Diógenes Patiño y Cristóbal Gneco, quienes hicieron posible nuestra participación en este congreso. A más de haber enriquecido nuestro conocimiento arqueológico, regresamos a Quito cargados de buenos recuerdos y esperanzas de retorno...

*Se aceptan pequeños artículos de difusión  
y comentarios de estudiantes, profesores  
y colegas arqueólogos*



## TRAS LAS HUELLAS DEL PAITITI

José Luis Barrera

Y Atahualpa fue ejecutado... Enseguida varios grupos de indígenas, amparados por la espesa niebla de los Andes peruanos y huyendo del dominio del conquistador europeo, se internaron en aquella región que tan recia les fue en sus deseos de expansión: la selva. Se establecieron supuestamente en algún lugar entre el Matto Grosso y las riberas del Madre de Dios, tributario del Beni, el cual, junto con el Mamoré, forma el Madeira que llega hasta el Amazonas. Por estos lugares habitó, antes de la llegada de los incas, el pueblo de los Mojos, fundadores originarios del Reino del Paititi, que aceptaron a los serranos, y juntos conformaron una de las más poderosas y ricas naciones de la selva.

¿Cuánto de cierto hay en todo esto? Es una pregunta que hasta hoy no tiene respuesta, no sólo porque la zona es de difícil acceso, sino porque la mayoría de expediciones que han emprendido la búsqueda del misterioso reino se han perdido o han tenido que regresar sin culminar su empresa.

Desde los tiempos de la colonia, el Paititi ha constituido una fascinación rayana en la demencia, tanto a ojos de hombres de ciencia, como de aventureros y público en

general. Son tantas las exploraciones que se han emprendido en su búsqueda que resultaría casi imposible hablar de todas ellas en un pequeño artículo, por lo que hemos optado por mencionar las más conspicuas, por llamarlas de alguna forma.

La primera data de 1537 y 1538 cuando el capitán Pedro de Candia y Francisco de Villagra, por órdenes de Hernando Pizarro, se internaron desde el Cuzco hacia el oriente. La espesa vegetación, y los indígenas que los atacaban o los desviaban de la ruta correcta, sumiéndolos en el hambre y las enfermedades tropicales, terminaron por hacer fracasar la expedición, conformada originalmente por trescientos soldados de los cuales sobrevivirían menos de ochenta, todos en pésimo estado de salud y con las ropas completamente destruidas.

Juan Álvarez Maldonado también intentaría llegar al reino fabuloso a través del Madre de Dios, que según él era el verdadero camino hacia los "Mojos del Paititi". Fracasaría en su intento al toparse con un cacique llamado Tarano que, después de masacrar a parte de la tropa española, le ofreció su ayuda, pero no para proseguir con la conquista, sino para regresar al Perú. Irónicamente, los indígenas que los guiaron en su retorno les mostrarían un camino más directo y menos peligroso que el que los europeos habían utilizado al internarse en la selva.

Una de las jornadas de búsqueda del Paititi más interesante, no por su éxito sino por el hombre que la inició, fue la de Pedro Bohorques, un pobretón aventurero español quien de una manera poco usual para la época (s. XVII), consiguió hacer amistad con el pueblo indígena de Calchaquíes de la serranía vecina del Tucumán. Parece ser que Don Pedro convenció a los Calchaquíes que restauraría el Imperio Inca y que los pondría a ellos

como élite del nuevo orden. La idea les sonó bien y lo auspiciaron en su sueño de buscar riquezas antiguas. Justo a tiempo, llegó a sus oídos el famoso Paititi y decidió emprender su búsqueda, declarándose para ello como "legítimo heredero de la sangre real inca" y ordenó a sus súbditos calchaquíes asesinar a todo español que tratase de acercarse a sus dominios mientras estaba ausente.

Se internó entonces en la selva, con una escolta propia de su "estirpe real", pero halló solamente una tribu de indígenas, llamados "pelados" por los españoles por su costumbre de quitarse toda la cabellera o porque no poseían riqueza alguna. El Inca Bohorques lo persuadió de su sangre real e hizo que lo adoraran como a un dios vivo y que le construyeran un "camino real", para poder pasearse con sus porteadores y sus infulas de emperador. Por desgracia, como su aventura no tuvo éxito en lo que se refiere al Paititi, se vio obligado a regresar, llegando a tiempo para ver los frutos de la orden que había dejado a los calchaquíes de asesinar a cualquier español. Lo cierto es que el virrey de Lima había mandado capturar a Bohorques y luego de ser trasladado a esa ciudad, fue ajusticiado.

Al contrario de lo que se pensaría, este incidente no hizo más que encender el deseo de buscar el reino fabuloso. Poco después, apareció en Lima un misionero que no solamente había escuchado hablar de él sino que lo había visto "con sus propios ojos", afirmando que había allí riquezas incalculables, y miles de almas para convertir al servicio de Dios. Se organizó una expedición y como era de esperarse no descubrieron nada.

En el siglo XX hubo también varias exploraciones, algunas más serias que otras. Una que avivaría más el mito estuvo conformada por dos franceses y un estadounidense;

entraron en la selva, financiados por la revista *Peruvian Times*, y desaparecieron misteriosamente. Más tarde un explorador japonés, Sekino Yoshiharu, penetraría por la misma zona para identificar unas supuestas pirámides descubiertas en fotos satelitales —que resultaron ser formaciones naturales, trayendo, a su regreso al "mundo civilizado", una noticia que estaba en boca de los indígenas de toda la zona del Madre de Dios: los extranjeros habían sido asesinados por una tribu de indios machiguengas.

La acusación de asesinato sobre este grupo no gustó mucho, pues se argumentó que como mantiene un contacto constante con los occidentales (¡vaya garantía!), era absurdo imputársele semejante delito, de manera que la culpabilidad pasó al enigmático pueblo llamado Pacoris que, según la tradición oral, sería lo que queda de una élite de guerreros incas que medían de dos a dos metros y medio de estatura. Entre otras cosas este pueblo sería una suerte de logia que ha mantenido el gran tesoro del Paititi fuera de las manos de los ambiciosos. Esta tribu no ha sido vista por nadie excepto por los otros pobladores de la zona y por alguno que otro buscador de extraterrestres.

En los últimos años se ha empezado a hacer indagaciones más concienzudas buscando evidencia sobre este mítico reino, y los resultados son prometedores. Restos de lo que parece ser un camino y estructuras de manufactura parecida a la inca se han hallado en lugares de la selva que jamás se pensaron llegaban a formar parte de los dominios del Inca; sin embargo todavía es mucho el trabajo que se tiene que hacer y lo único cierto es que la riqueza que allí se puede encontrar no tiene que ver con el oro o con piedras preciosas sino más bien con la historia...



### CONNOTACIONES SOCIALES DEL SACRIFICIO HUMANO EN MESOAMÉRICA

**Estanislao M. Pazmiño T.**

Mesoamérica fue el escenario de un amplio desarrollo socio cultural que produjo un importante incremento en la población, y por lo tanto, el surgimiento de sociedades complejas. Dentro de este panorama, se formaron instituciones religiosas que tuvieron gran trascendencia en los grupos étnicos que, junto con la importante actividad cultural que se desarrolló en el área, dieron paso a la consolidación de algunos de los Estados que vio surgir el Nuevo Mundo.

En este contexto se concibieron una serie de obras monumentales patrocinadas por la institucionalidad político-religiosa, como lugares destinados a prácticas rituales con las que se sintió identificado el colectivo social. Mientras se dio el desarrollo de la ritualidad, los individuos vieron reproducirse sus órdenes ideológicos que reafirmaban su cosmo-

visión. De este modo, el vínculo religioso con el poder constituyó un eje importante para la consolidación de sus estructuras sociales, lográndose una correspondencia entre la monumentalidad de la obras y la magnificencia de los rituales escenificados en estos lugares. Los actos sacrificiales de personas, como lo veremos más adelante, pasaron a formar parte de estos rituales de los cuales se valió la institución político-religiosa para conseguir diversos beneficios.

De acuerdo al trabajo de Monaghan (1990), en un primer momento, la actividad ritual surgió frente a la mitificación de lo natural; es decir, los primeros sacrificios humanos realizados en Mesoamérica estarían ligados con los comienzos de la actividad agrícola y su intensificación a través del tiempo, creándose un vínculo entre las fuerzas extrañas que determinaban las cosechas (dioses) y los seres humanos, por medio de un pacto de sangre.

Si bien este fue el primer momento del ritual, en etapas posteriores, se desarrollaron cambios que lo alejaron de la relación primigenia con la agricultura: se produjo una evolución que se fue complejizando con la incorporación de nuevos elementos, y nuevos objetivos: "Los rituales que involucran sacrificios, incluyendo sacrificios humanos, no son puramente de naturaleza religiosa. Estos también involucran una reafirmación pública de poder y reflejan las prerrogativas de los estratos sociales" (Wilkerson 1984). No obstante, el discurso implícito en el ritual siguió sugiriendo una relación con los dioses, ya para agradecerles, o para pedirles favores, sellando así el pacto con sangre. La víctima pasó a ser el vínculo entre lo humano y lo divino, por lo cual se construyó todo un corpus simbólico alrededor de su figura.

El análisis de las víctimas es un elemento muy sugestivo para comprender la carga simbólica y las implicaciones sociales que representa. Es evidente que la selección de las personas para ser sacrificadas debió manejarse con mucho cuidado. Las variables de sexo, edad y procedencia (tanto social como espacial), debieron ser de gran importancia al momento de llevar a cabo el ritual. Una serie de elementos con diferentes connotaciones se conjugaron en el ritual, constituyendo cada uno de ellos un valor simbólico trascendente. La víctima a su vez pasa a ser un elemento más del ritual con significados distintos en los diferentes momentos de la ceremonia. La forma de morir se concebía de acuerdo al ritual y a la persona: niños-adultos, hombres-mujeres, locales-foráneos, donde también jugaba un papel importante el sector social al que pertenecían.

La representación de la víctima del sacrificio en el colectivo social le dio un reconocimiento, que al final de cuentas no pudo disfrutar directamente (Schele, 1984). Muerta la persona, las bondades del sacrificio recaían sobre su grupo familiar, lo que ocasionó que la familia se sintiera en conciliación con los dioses, robusteciendo su estructura ideológica. En la misma medida, el tener un familiar que contribuyó con su sangre en favor de los dioses, se convirtió en una forma de ganar reconocimiento social, afianzando los vínculos de respeto e individualidad para con el resto del conglomerado.

Esto sin duda jugó un papel importante en la consolidación de una ideología basada en las actividades religiosas, donde los dioses constituían lo más importante. Por ejemplo, George Cowgill (1992) señala que no se conocen en Teotihuacán representaciones del ejercicio del poder por parte de algún personaje de la élite político-religiosa; la única subordinación presente en la iconografía es la de

los individuos a los dioses. Esto es muy interesante sobre todo si se ve que parte del éxito fue crear un aparato religioso importante donde lo sobrenatural ocultó los intereses de los grupos de élite.

No obstante, pienso que uno de los aspectos de gran trascendencia a la hora de hacer referencia a los sacrificios humanos es la muerte. Si bien se ha atribuido a la sangre la calidad de alimento de los seres omnipotentes, creo que es la escenificación del ritual lo que trasciende más allá del simple acto sacrificial. Es decir, en éste queda al descubierto la vulnerabilidad del ser humano representada en el derramamiento de sangre (líquido vital) que causa la muerte. Esto nos conduce a pensar en la reacción del público frente a la ceremonia, cuya significación de fondo recordaba que el ser humano es vulnerable y que sólo los dioses pueden ampararlo ante tal situación (la muerte). De acuerdo con lo dicho, creo que la primera implicación de los actos sacrificiales fue la de recordar la vulnerabilidad humana y por lo tanto la subordinación ante la presencia divina, y como segundo objetivo el consolidar un dominio económico y político a través de la institución religiosa.

---

#### La Cita de "Apachita"

*"La arqueología es la única rama de la antropología, en la que matamos a nuestros informantes mientras los estudiamos".*

Kent V. Flannery, 1982. The golden Marshalltown. *American Anthropologist* 84:275.



**LA ARQUEOLOGÍA COMO ESPACIO DE REFLEXIÓN, LEGITIMACIÓN Y REIVINDICACIÓN POLÍTICA DE LA HISTORIA**

**Johana Caterina Mantilla O. \***

Casi de repente, y después del reconocimiento otorgado por la nueva constitución colombiana de 1991 a las comunidades negras o afrocolombianas como minorías étnicas, se hizo evidente la falta de un conocimiento más detallado de su historia por parte de la nación en general.

Dicho reconocimiento estatal se produjo después de que varios trabajos de investigación académica y el trabajo llevado a cabo, durante años, por diversas organizaciones afros en el país tuvieran eco en el interior de diferentes estamentos de la sociedad. Dentro del ámbito académico se cuentan los trabajos

de Aquiles Escalante (1954; 1979), Roberto Arrázola (1986), Nina S. de Friedemann (1986; 1987), que abrieron las sendas del análisis del negro o afro en el país. Fueron ellos los primeros en hacer manifiesta la existencia de “un otro” invisibilizado a lo largo de la historia.

Es evidente, pues, que el análisis en torno a los descendientes de esclavizados africanos ha sido abordado principalmente desde la antropología social, la historia, la lingüística y la sociología. Sin embargo, en arqueología, dicho trabajo analítico ha sido escaso o casi nulo. Si bien se ha sugerido en varias ocasiones la necesidad de aproximarse a lo afro desde una perspectiva arqueológica, la falta de trabajo de campo ha impedido dar un paso más allá del ámbito teórico.

Frente al problema de lo afro-americano –los procesos sociales y diferentes momentos históricos vividos– en Colombia, la investigación arqueológica se encuentra en sus primeros momentos, por lo que las posibilidades y perspectivas de trabajo siguen siendo aún muy amplias. El camino entonces está en plena construcción, y su esclarecimiento requiere una aproximación al recorrido que la Arqueología como ciencia, ha hecho en el país, dando cuenta del panorama social, político y cultural en el cual se ha ido modelando.

Como el interés está dado hacia una población que llega con los europeos, es decir durante la época de la conquista, su estudio se encuentra sujeto al ámbito de la arqueología histórica. Este espacio analítico sigue siendo de relativa juventud en el país, si se le compara con los estudios realizados en torno a lo prehispánico. Y es que la evolución de la arqueología en Colombia, ha obedecido a diferentes momentos políticos, que han exigido

de ella diversos análisis dentro de los cuales el elemento afro no ha sido tenido en cuenta.

Pero en este punto surge una duda. Si bien, las Ciencias Sociales son pensadas dentro de un marco de lo político, es decir, como una herramienta que no solo es influenciada por este aspecto, sino que a su vez lo influencia, la arqueología ha quedado, curiosamente, excluida de esta caracterización. Al contrario, se cree que esta goza de una neutralidad desde la cual “recapitula lo acontecido”, y lo reconstruye “sin pensar demasiado” en las implicaciones que trae el discurso en torno al pasado. Como ciencia que emplea herramientas numéricas en cantidad considerable, la arqueología pareciera estar “más cerca” de la objetividad anhelada por el pensamiento occidental; y así se cae en una falacia, donde los objetos materiales se convierten en el alimento de la ilusión objetiva. En este contexto, ¿se puede realmente recrear un pasado sin que esta reconstrucción tenga implicaciones en las poblaciones actuales?

Dejando a un lado los matices dados por el debate mismo que suscita el cuestionarse el proceso de construcción de una nación, acaso la acción misma de pensar un tiempo previo no le da al individuo o a una colectividad un punto desde donde autorreferenciarse? Y si a esto se le suma el poder de legitimación del pasado que tiene la arqueología en el público, al centrar su análisis en objetos tangibles, ¿cómo dejar a un lado el aspecto de lo político? Bien señala Cristóbal Gnecco, que “la exterioridad descansa en el universalismo y en la objetividad que la arqueología pretende poseer y en la consideración de un sentido funcional y único inherente en los objetos, ignorando su polisemia históricamente situada.”

Considero pues fundamental, desde el punto de vista arqueológico, abordar las po-

blaciones afroamericanas, no tanto en términos de una reconstrucción de los antiguos lugares de habitación de estos primeros cimarrones y/o criollos, cuanto generando un acercamiento, una problematización distinta a las dinámicas sociales y sistemas culturales que cobraron sentido en un contexto tan particular como lo fue el sistema esclavista español.

De esta manera, este breve escrito se convierte en una invitación y en un primer eslabón de muchos que permitan el fortalecimiento de los canales de comunicación al interior de las de las comunidades hoy en día constituidas tanto por sus directos descendientes como por el resto de los grupos sociales que conforman nuestras naciones americanas. Estamos entonces frente a un nuevo ámbito analítico, desde donde se pretende retar al olvido.

*\*(Universidad de los Andes, Maestría en Antropología, Programa en Arqueología)*

**BIBLIOGRAFÍA  
PARA EL ARQUEÓLOGO.**

*Biblioteca del Museo Weilbauer (PUCE)*

**Fernando Flores**

El Museo Weilbauer, ubicado en el edificio del Centro Cultural en la PUCE, posee una pequeña biblioteca formada por un remanente de la biblioteca del fenecido arqueólogo P. Pedro Porras y por donaciones de instituciones culturales del exterior. El fondo bibliográfico es de carácter arqueológico, predominando volúmenes de arqueología andina, mesoamericana, amazónica y del Caribe, además de obras de naturaleza teórica y metodológica. Es por lo tanto una instancia obligada

de consulta para el estudiante de Arqueología.

En este Boletín ofrecemos un breve listado de obras de *arqueología de las regiones tropicales*, prometiendo en números subsiguientes otras listas temáticas de esta importante biblioteca.

Evans, C., y B. Meggers  
1960, *Archaeological Investigations in British Guiana*, Smithsonian Institution, Bulletin 177, Washington.

Evans, C., y B. Meggers  
1968, *Archaeological Investigations on the Rio Napo, Eastern Ecuador*, Smithsonian Institution Press, Washington.

Lathrap W. Donald  
1970, *The Upper Amazon*, Thames and Hudson, Southampton.

Meggers, B, y C. Evans  
1957, *Archaeological Investigations at the Mouth of the Amazon*, Smithsonian Institution, Bulletin 167, Washington.

Meggers, Betty, *et al.*  
1977, *Ecuador, Antillas y Tierras Bajas de Sud América*, Universidad Católica, Quito.

Porras G., Pedro  
1974, *Historia y Arqueología de la Ciudad Española Baeza de los Quijos*, Centro de Publicaciones PUCE, Quito.

Porras G., Pedro  
1975, *Fase Cosanga*, Centro de Publicaciones PUCE, Quito.

Porras G., Pedro  
1987, *Investigaciones Arqueológicas a las Faldas del Sangay*, Artes Gráficas Señal, Quito.

Roosevelt C., Anna.  
1980, *Parmana: Prehistoric Maize and Manioc Subsistence along the Amazon and Orinoco*, Academic Press, New York.

Salazar G. Ernesto.  
2000, *Pasado Precolombino de Morona Santiago*, Casa de la Cultura Ecuatoriana "Benjamín Carrión", Núcleo de Morona Santiago, Macas.



### SIGUIENDO AL CAZADOR

**Ernesto Salazar**

Mientras arreglaba las cinchas de los caballos o recogía leña para la fogata, Don Cristóbal oía los sonidos mínimos del páramo. Era un cazador hecho y derecho que adivinaba al venado en el aire y en las ramas quebradas. Y hasta calculaba cuando había pasado el animal con sólo mirar en el lodo las huellas de sus patas. Llevaba siempre una carabina vieja con cartuchos peruanos y, para él, era tan importante cobrar su pieza como recaudar el cartucho gastado para cargarlo nuevamente.

Subimos un día, muy por la mañana, al filo de Machipungo (Cordillera Oriental) para explorar una cueva, en busca de asentamientos arqueológicos de cazadores recolectores. De pronto resbalé y, al caer al suelo,

percibí en la hierba mojada el inconfundible aroma del zunfo (*Micromeria nubigena*). Me quedé un rato examinando el tapiz que formaba, entre la paja, con sus hojas diminutas, y luego proseguí la penosa ascensión a la cumbre.

Don Cristóbal me aguardaba bastante lejos, sentado en un peñasco, mientras escudriñaba el matorral con su carabina lista.

-“Le vio al venado? Pasó justo delante de usted, cuando estaba en el suelo...”

Me dio rabia por tener los sentidos tan atrofiados y pensé que, de cazador paleoindio, me hubiera muerto de hambre. Continuamos la marcha medio agazapados y con la cara hacia arriba, como si tratáramos de oler algo en el aire. Don Cristóbal se detuvo de repente y me dijo: -“Aquí ha dormido”.

No pude contener la risa, ante la fanfarronería de mi compañero, pero me puse serio cuando comenzó a explicarme cómo se ve dónde ha dormido un venado. En efecto, me acerqué cauteloso al lugar indicado, y pude distinguir en el suelo una pequeña depresión con las hierbas ligeramente aplastadas, en la que se observaban aquí y allá los pelos de la piel de un venado.

-“Hembra es...”, dijo Don Cristóbal, y ante mi sonrisa incrédula, se volteó hacia mí con unas bolitas de excremento en la mano:

- “Mire, la gama las tiene un poquito aplastadas...”

Y como presintiendo algo, se alejó mirando al suelo inquisitivamente. Desde el matorral me gritó que el macho también andaba por allí. Y esta vez pensé que más le valía que me trajera mejor evidencia que unos cuantos pelitos. Regresó con una sonrisa y

me alargó la mano izquierda abierta con más bolitas en su interior.

-“Mire, las bolitas del macho son más redondas..., además están frescas, lo que significa que los venados no deben estar muy lejos”.

Me pareció divertida esta lección excrementicia a 4.000 m. de altura, pero no dejó de sorprenderme la increíble finura de sentidos que tenía el cazador. Cada nuevo indicio era una ventana más que se abría sobre el cérvido, y una sugerencia más para la estrategia del cazador.

El sol de las cinco de la tarde doraba el pajonal, cuando nos metimos por unos matorrales, en busca de la presa. Don Cristóbal ya no pertenecía a este mundo. Con la carabina en ristre y en silencio, avanzaba moviendo la cabeza de arriba abajo, perforando con su mirada el matorral. Finalmente, se detuvo junto a un arbusto.

-“Aquí ha descansado”, dijo, mirando hacia adelante con aire derrotado. Me alargó una rama con la corteza algo raspada y me explicó que cuando los venados se detienen a descansar, juegan frotándose las astas contra las ramas.... No bien acabó de hablar, vimos, a 100 metros de distancia, a dos venados que daban un salto veloz y se perdían para siempre en la maleza...

Recientemente, me enteré que Don Cristóbal Columba ha viajado a la tierra sin mal. Pero dudo mucho que esté descansando. Y mejor para él. Ya me contarán que le han visto tomando agua en alguna quebrada o saliendo de algún matorral en la Sierra de Guamaní. Mas bien, un rato de estos tendré que visitarlo para dejarle unos cartuchos peruanos... por si los necesita.